

José Edmundo Clemente

EL TERCER
INFIERNO



EDITORIAL
Victoria Ocampo

BIBLIOTECA DIGITAL
FUNDACIÓN  SIN FINES DE LUCRO
VICTORIA OCAMPO

JOSÉ EDMUNDO CLEMENTE

EL TERCER INFIERNO

Versión Digital



FUNDACIÓN
Victoria Ocampo

Proyecto de difusión cultural sin fines de lucro

Primera edición: 1979
EDICIONES CORREGIDOR

© José Edmundo Clemente

Edición digital 2020
EDITORIAL VICTORIA OCAMPO
Sin fines de lucro
editorial@victoriaocampo.com

José Edmundo Clemente nació en la Ciudad de Salta el 16 de noviembre de 1918. Miembro de Número de la Academia Argentina de Letras. Correspondiente de la Real Academia Española. Chevalier de l'Ordre National du Mérite. Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Salta. Premio Francisco Romero, 1962. Premio Konex, Ensayo, 1984. Premio Esteban Echeverría, Ensayo, 1988. Premio Mecenaz, 1989.



Publicaciones Principales:

Estética del lector Buenos Aires, ed. El Ateneo, 1951 (Cuarta edición, 1973). Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Premio Iniciación de la SADE, 1951. Premio Consejo del Escritor, 1951.

El lenguaje de Buenos Aires Buenos Aires, ed. Peña Lillo, 1953. Juntamente con "El Idioma de los argentinos" de Jorge Luis Borges. Segunda edición aumentada con el título de *Lenguaje de Buenos Aires*, por Emecé editores, 1963 (Octava reimpresión, 1999).

Estética de la razón vital Buenos Aires, ed. La Reja, 1956. Publicada con los auspicios de la Institución Ortega y Gasset.

Los temas esenciales de la literatura

Buenos Aires, ed. Emecé, 1959. Segundo Premio Municipal, 1960.

El ensayo (Teoría del ensayo literario) Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962. (Segunda edición, Kapelusz, 1974).

Estética del contemplador (Notas para una comprensión de la pintura moderna) Buenos Aires, ed. Nova, 1960.

Tiempo del hombre Buenos Aires, ed. Emecé, 1965.

Historia de la soledad México, ed. Siglo XXI, 1969.

Descubrimiento de la metáfora Venezuela, ed. Monte Ávila, 1977.

Guía de lecturas informales Buenos Aires, ed. La Isla, 1988.

Geografía de la metáfora Buenos Aires, ed. Metáfora, 1997.

Vigencia de Homero Buenos Aires, Editorial Victoria Ocampo, 2007.

ÍNDICE

(Cliquee sobre el título para ir a la página)

[Introducción / 6](#)

[La Trampa / 7](#)

[El Testigo / 9](#)

[Agamemnon / 16](#)

[Castigos / 19](#)

[El Gato / 21](#)

[Laberinto Suburbano / 24](#)

[El Espejo / 26](#)

[El Tercer Infierno / 29](#)

La ficción es el espejo metafísico de la realidad. Permanente e inalterable. De ahí que la versión de relatos verdaderos resulte apellada circunstancial; mero tiempo pasado o pasatiempo. Sin mayor connotación que la simple anécdota literaria. Ello justifica la aventura excitante de la fantasía; ese obstinado penetrar en la piel del tiempo hasta la vértebra final. Divisible y transparente. Metafórica. Claro que semejante decisión obliga a riesgosas invenciones donde los protagonistas respiren una plena irrealidad a fin de lograr, por vía de la paradoja, total nitidez temporal. Sé que esta actitud no es modesta. También lo sabe el lector. Pero también ello pertenece al reino de la ficción. Solamente las personas modestas se consideran a sí mismas como verdaderas.

J. E. C.

LA TRAMPA

El alma es semejante a la araña; el cuerpo sería su tela.

Heraclito

Estaba aferrado a los hierros del respaldo de la cama como si fueran los barrotes de una cárcel. Desde la medianoche no cerraba los ojos y temía no poderlos cerrar en las restantes noches de mi vida. El comienzo fue aparentemente sencillo. Escuché un rasguído seco y continuado en la pared. Encendí la luz. Cerca dormía mi hija de pocos meses. La repentina energía del foco atrapó en la pared una araña enorme que arrastraba sus patas huesudas sobre el viejo y destruido empapelado. La primera impresión fue de miedo y de impotencia; una arraigada superstición provinciana me impedía matarla. Pero la protección de mi hija me obligó a arrojarme sobre el animal con lo primero que hallé a mi alcance.

Mi mano cayó con fuerza y el zapato dio en el centro de la araña. Y aquí comienza mi drama. Desde ese mismo momento escuché, como un ruido inédito, el compás del reloj que marcaba tenazmente la medida de mi destino. Supe entonces que el tiempo es una opresión y una libertad; que la muerte cabe en un grito o una resignación. Que la vida, la peregrina vida de todos los días, es apenas una imagen casual de esos días, cuyos términos conocidos son la esperanza y el recuerdo. Cuya quieta realidad es una redonda y porosa malla de tierra con forma de mundo de la que nadie puede escapar, como no escapan los peces de las redes transparentes.

Todo esto me fue revelado cuando mi mano cayó con fuerza y el zapato dio en el centro, porque la araña se partió como se parte

una nuez y dentro de ella surgió una araña menor. Al principio quedé desorientado. Repetí el golpe. Otra más pequeña salió con tal ímpetu que parecía haber estado tomando impulso. Volví a golpear; lo mismo. La nueva araña partió su cáscara y otra más pequeña aún saltó de su vientre, con aumentada agresividad. Media hora más tarde, el tamaño de la sobreviviente era tan ínfimo que desaparecía en los entresijos de la pared. Creí que la lucha había terminado; pero mi triunfo fue efímero como todos los triunfos. Pronto comprendí que nunca vencería, que en cualquier rincón de la casa la araña estaba esperándome con la paciencia de un gusano metafísico y final. Que me tenía prisionero en el respaldo de la cama, igual que a una presa disponible. Condenado.

EL TESTIGO

Muy pocos tenían noticias de la revolución; la gente caminaba con la monótona indiferencia de todos los días. Antonio, apoyado en el balcón con las manos a lo ancho, miraba atento la calle. El ejército se hará cargo del gobierno, le informaron confidencialmente. Pese a estar retirado de sus actividades, mantenía buenas relaciones con funcionarios y periodistas. Tres generales visitarían esa mañana al presidente y lo invitarían —era una frase— a renunciar. Esperaba los acontecimientos, casi con resignación. Un colectivo esquivó la luz roja. El incesante paso de los autos brillaba por momentos como un río crecido; de tanto en tanto, el semáforo cortaba las aguas con ademán de Moisés bíblico. Hacía mucho que habían desaparecido los tranvías. Creyó escuchar ruido de aviones, pero los altos edificios apenas le dejaban ver una delgada raya de cielo.

Al mediodía, salieron los chicos de una escuela cercana; algunas madres vinieron a buscarlos, otros suflamante macetero rojo completaba la simple escenografía del balcón. Con la palma de la mano apisonó la tierra negra, antes de hundir el índice donde colocaría el gajo del jazmín del cabo, regalado por un compañero de trabajo. Lo plantaba para disfrutar de la dulce alegría de su perfume. Sólo falta que la ciencia botánica haga lo demás; Antonio sonrió por la ocurrencia. Vigilaría personalmente la eficacia de la naturaleza. Estaba contento. La tradicional flor le anunciaría en adelante la generosa llegada de las fiestas de fin de año.

—¡Don Antonio; hay revolución!— ¡Lo acabo de oír en una radio clandestina!

Desde el balcón vecino le gritaban la noticia. El gobierno fue emplazado por altos jefes militares; las radios oficiales transmiten en cadena música clásica. Preguntó si conocía al cabecilla del movimiento. Nada concreto. Solamente proclamas. El vecino era empleado público y la natural deformación burocrática lo llevó a preocuparse por su actual ministro:

—¿Quién vendrá ahora? Otro ministro, otro subsecretario, otro director nacional. Nuevos sellos, nuevos membretes, nuevas tarjetas. En el mejor de los casos...

La noticia del golpe se confirmaba. En la vereda se formaron grupos para comentar la situación. Antonio, preocupado, no perdía detalle de lo que pasaba afuera.

Miraba lo que pasaba afuera, ya con filosófica tranquilidad. También había vivido la misma situación. Esa noche su único hijo les presentaría a la novia; por ello salió temprano de la oficina a fin de cambiar de ropa y volver a afeitarse. Quería estar fresco y presentable; agradar a la inminente nuera. Un tranvía 22 se detuvo en la esquina; Ricardo cruzó acompañado de Anita. Solos. Pensó que ella vendría con sus padres. Simple presunción. Iba a bajar a recibirlos; luego prefirió dejar esa tarea protocolar a su mujer. Convenía que se entendieran de entrada. Ricardo apareció en el balcón trayendo de la mano a su novia.

—¡Papá! . . . ¡Anita!.. .

Muy simpática; elogió la vista de la ciudad abarcada desde allí como una enorme red luminosa levemente interrumpida por algunos edificios elevados. Antonio agradeció el elogio y, por decir algo, se quejó de la manía vertical de la construcción moderna. Mientras pueda, agregó, conservará así la casa heredada de sus padres. Que otros tapen el horizonte. Peor para ellos. Lo pagarán. El progreso es una manera de envejecer que tienen las ciudades, completó con voz simuladamente sentenciosa. Anita festejó la ocurrencia. En verdad, era muy simpática. Ricardo, acordándose de algo importante se puso serio.

—¿Sabés cómo va la revolución?..

—¡Ay; estos hombres van a hablar de la bendita revolución!. . . Vení querida, ayúdame a preparar la mesa—, interrumpió Eugenia.

Antonio dejó pasar a su mujer para que se llevara a Anita. Algo sabía. El presidente se negaba a renunciar. Discrepancias surgidas en los cuarteles demoraban la acción. He los sublevados. Unos querían rodear el palacio de gobierno y esperar la rendición pacífica; otros, directamente sacarlo por la fuerza. Eso era todo. Anita les avisó que la cena estaba servida. Antonio siguió un rato mirando la calle, distante y pensativo. ¿Qué pasará?. . . La noche indefensa se entregaba a los solitarios misterios de la noche.

La noche se había entregado indefensa a los solitarios misterios de la noche. Solamente el quieto resplandor de los faroles permanecía lúcido a esas horas. Antonio no podía dormir: prefería quedarse en el balcón, pese al intenso frío. El viento apretaba las

carnes y de poco le servía el doble abrigo. “Los habitantes deben permanecer en sus casas”, prevenían las radios controladas por los sediciosos. Prácticamente configuraba un toque de queda. Le preocupaba la situación del país; pero, esta vez, le preocupaba más la de su hijo. En el café le aseguraron que el regimiento de Ricardo fue obligado a sumarse a los rebeldes. ¡Tocarle justamente ese año la conscripción! Su mujer le pidió que entrara. Era peligroso; una bala perdida. . . Antonio prefirió continuar su vigilancia; de algún modo le parecía estar cerca del muchacho. Eugenia comprendió y se dispuso a prepararle unos mates.

—¡Por qué tendrán que hacer la revolución con nuestros hijo;»! ¡Si quieren pelear que peleen entre ellos!—, protestó mientras agregaba un poco de yerba. Amonio la escuchaba en silencio. “Las unidades de la capital y del interior responden al contando revolucionario”; los comunicados eran seguidos por insistentes marchas militares. A lo lejos, la ciudad comenzó a dibujarse lentamente. Amanecía.

Amanecía. No le sorprendió la ausencia de vigilancia; la policía estaba acuartelada desde la tarde anterior. El presidente todavía en el gobierno, había decretado asueto administrativo y feriado bancario; tampoco habría clames. No valía la pena despertar a Ricardo. A medida que promediaba la mañana los vecinos se asomaban a los balcones para intercambiar noticias.

El boticario comentó que una compañía de artillería pasaba por la casa de su tío. El comercio permanecía cerrado; solamente los que vendían comestibles atendían con las cortinas a medio levan-

tar. “Ultimátum al gobierno”*. “Las fuerzas convergen sobre la casa de gobierno”. La inútil resistencia aumentaba el nerviosismo.

—Si el presidente no renuncia es porque cuenta con apoyo que nosotros no conocemos, alardeó el boticario con evidente entusiasmo legalista.

La situación empezó a variar con rapidez. El presidente pedía seguridades para alejarse del palacio nacional —(Antonio todo está arreglado: renunció el viejo!... volvió a informar el boticario, ahora con un tono acomodado a la nueva circunstancia.

Cuatro hombres pasaron en un coche victoreando al presidente. Casi largaron una carcajada. Hasta Ricardito festejó la inoportuna reacción de los partidario* del gobierno. Antonio señaló al chico una columna de soldados que venía agrandándose desde el fondo de la ralle. Las tropas se acercaban en silencio. Si no fuera por la amenazante ropa de fajina, podía suponerse que se trataba de un desfile patriótico. Algunos oficiales trasuntaban en el rostro cierta preocupación; en cambio, los soldados marchaban con aire de divertida travesura. De alguna manera, el paseo los sacaba de la rutina del cuartel.

El paseo los saca de la rutina del cuartel, pensó Antonio al contemplar a esos muchachos de su edad, cargados de mochilas, cantimploras, frazadas y palas, que marchaban como si fueran a una guerra verdadera. Recordaban la película “Sin novedad en el fren-

te'. Fue su padre quien hizo la comparación. Antonio no estaba para cine. La revolución le impedía encontrarse con Eugenia y temía de mal agüero que la primera cita empezara con una postergación. Para colmo las líneas telefónicas estaban cortadas. El inusitado desfile no bastaba para distraerlo del fastidio; por suerte, la última fila se alejaba ya con calmosa y simétrica marcialidad. De espaldas parecía un solo cuerpo multiplicado horizontalmente por un truco fotográfico. El mismo uniforme, la misma estatura, el mismo cansado bamboleo. De pronto se oyó un disparo y el espejismo cinético se deshizo y la columna se partió en dos; los soldados se apretaron a la carrera contra las paredes, respondiendo a una orden preventiva. El desbando de los balcones fue simultáneo. Antonio seguía la escena, sin atinar a nada, hipnotizado por la cercana evidencia de la realidad. Las sirenas de los diarios unieron su clamor unánime. Poco tiempo duró la confusión; al cesar las sirenas, el silencio creó una nueva y distinta ansiedad. La ansiedad de la falta de referencia. Por los soldados que proseguían avanzando en fila india, quedaba la certeza del triunfo revolucionario.

La revolución ha triunfado. Desde ayer gobierna una junta revolucionaria, escuchó sin comprender. Tampoco le importaba comprender. Antonio disfrutaba tranquilo de su querido balcón, de la felicidad infantil de mirar los llamativos automóviles de enormes faroles de bronce y bocinas relucientes. Conocía todos los modelos: Coupé-sport, coupé de luxe, sedan convertible, landaulet, cabriolet-limosina. El cadencioso repiquetear de los cascos de los caballos de los coches de plaza contra el asfalto duro, completaba

esa infantil felicidad. Lo mejor de su vida trascurría en el balcón; sólo ayer no estuvo lindo. Cuando pasaron las tropas. Soldados y soldados que marchaban en silencio. Rodeados de balcones en silencio. Sus padres y los vecinos contemplaban con una sensación de afligida pasividad. En ese balcón imaginó muchas veces su vida futura: crecería, se casaría, tendría hijos. Viviría.

Ahora temía que su querido balcón se convirtiera en el mirador de interminables revoluciones iguales; que el destino civil que le esperaba fuera como el de su padre. Solamente un simple testigo...

AGAMENÓN

Creo que Eduardo exageró un poco; siempre fue un exagerado. De muchacho era igual. Suerte que vino. Me trae el recuerdo de aquellas lejanas charlas del café. ¡Agamenón! Qué poco tendrá que hacer para ocuparse de ¡Agamenón. Pero estuvo elocuente admiro su facilidad de palabras. *¿A dónde vas, Paparulo?* Si no fuera por la insistencia temática, la visita hubiera sido más divertida. Un tozudo; un rico tipo. *¿De qué vivirá? ¿De la tragedia griega? ¡Ja, ja! Deben ser más de las nueve: Libertador tiene ya doble mano.* Un rey poderoso regresa triunfante a su casa y muere en las manos domésticas de su mujer, que vivía *con un amante*; ella después es muerta por su hijo, instigado por la hermana. ¡Qué familia! Esto lo sabía. Pero insistir que el tema sigue más vigente que antes, es absurdo; aunque sea metafóricamente. *¿De qué metáfora me habla? ¡Agamenón muere de verdad. ¡Vas a pasarme si sos brujo!* Al lado del textual desenlace del argumento, no caben interpretaciones simbólicas. *Sos brujo.* ¿Dónde hay tantos reyes para morir asesinados al llegar a su hogar? ¿Qué habrá querido insinuar? Me molestó su lentitud al pronunciar “metáfora”. Al final, no dijo para qué vino. La próxima vez me haré negar. Pierdo mucho tiempo. *¡Quién habrá sido el tarado que implantó la luz baja!* Tal vez la lentitud fue casual; simple presunción mía. ¡Amigos de la infancia! Por mi parte, estoy seguro de Laura; vive para nosotros. El orden es su única obsesión. ¡Claro que me quiere! El nuestro es uno de esos matrimonios llamados felices. *¡Hacete el piola, nomás!* A los dos nos gusta vivir bien. Los

chicos van a un buen colegio. Son estudiosos; no puedo quejarme. La casa es cómoda, el lugar macanudo. ¡Con el velerito vamos a navegar lindo los fines de semana! Tengo que hablar con Mario, él conoce mucho de vientos. Salió un poco salado; pero tiene quince metros. La comodidad cuesta. ¡Mientras uno se la puede dar! Hasta tengo de sobra. No lo digo por Cristina; me es tan imprescindible como Laura. *¡Si ibas a subir el puente, por qué no tomaste la derecha, imbécil!* Nunca me plantea disyuntivas. ¿Por cuál me decidiría? Para qué apurarse. Dos mujeres. ¡Agamenón! ¿Dejar a una? Cristina es Cristina y, bueno, Laura es mi mujer. Sería como perder un brazo. ¿Si Laura se *enterara* y me obligara a elegir? Para qué complicarlo todo, justamente ahora cuando lo tengo todo. *¡Ta que!* *¡Mucho impuesto, mucho impuesto y las calles siguen a la miseria!* Agamenón y la metáfora. Los grandes temas de la tragedia griega somos nosotros mismos, declamaba. Los clásicos, más emotivos que intelectuales. ¡Palabras! Nunca progresó en nada. ¿Por qué habré hablado de Cristina? Bueno; fue casi lo único que pude decir. ¡Benditos griegos! En Cristina encuentro lo que no encuentro en Laura; se complementan. Las quiero a las dos. Parece cínico. Nadie comprendería. ¿Si no fuese así? ¡Tonteras! Sería como suponer que tampoco quiero a los chicos. ¡Están grandes! Los años. . . A medida que crecen son menos nuestros. *¡Marmota; no ves que voy a doblar!* Se entienden mejor con los amigos. Gustavo Adolfo apenas prestó atención a la Smith Wesson Russian 44. ¡Pavada de colección! Tengo que mentir los precios; Laura nunca los justificaría. Cristina conoce mis trampas y se ríe. ¡Qué suave y dócil! Laura con esa manía del orden. La estética. ¡Recibir gente! A veces me siento como un extraño; por eso busco a Cristina. Son diferentes. ¿Dejaría a Laura por Cristina? No es para tanto. ¿Dejarla a Cristina

por Laura? ¡Otra vez! Poder es una cosa y tener es otra. Yo tengo. Laura y Cristina. ¡Bárbara mi colección de armas antiguas! ¡Y mi Hasselblad? Cosas de valor. Cosas. Los accesorios de la Hasselblad son infinitos. En el próximo viaje completaré el catálogo. Las armas antiguas también son interminables; pareciera que las siguen fabricando. Cosas. ¿No será esa manía por las cosas una forma de ocultar las cosas? Vivir para las cosas. Claro que es una evasión. ¿Cristina y Laura serán parte de esa comodidad? ¿Miedo de estar sola? O miedo de querer. Quizás nunca se presentó la oportunidad. Me dejo querer. Siempre se gana. ¿Se gana qué? Todo marchó de acuerdo con mi voluntad, menos mi voluntad; voluntad para las cosas. Vivir para las cosas. En Montevideo se consiguen fusiles de chispa de la guerra con el Paraguay. Pero yo no viví. Vivieron las cosas. Cristina hace llevadera a Laura y Laura justifica a Cristina. Separadas, nada significan. ¡Esta es la verdad! ¡Para qué ocultarla!

Ahora me doy cuenta. ¡Cosas! Toda mi riqueza. Sin amor. ¡Ni las cosas son mías! Nunca fueron mías. Las cosas apenas se dejan tener. Me siento solo y tampoco alcanzo a entrar en la soledad. La soledad requiere afecto. Soy también una cosa. O menos. Una cosa vacía. Peor. Las cosas tienen sentido. Y yo no. Estoy cansado. La noche perdió su frescura cálida de noviembre. Parece seca y sin brillo. Como un cuero seco. *¡Este vecino de porquería volvió a estacionar frente a la entrada!* Laura estará mirando televisión. Agamenón tuvo más suerte que yo.

CASTIGOS

I

Al noveno tiro le acerté en la cabeza. Lo pensó seriamente y, devolviéndome la bala, exclamó: “¡Cada vez tardas más; tienes que mejorar la puntería!”. Volví a intentarlo; lo alcancé al cuarto disparo. Luego de varias horas di con su frente en el primer intento. “¡Está bien —dijo sin alegría—, pero ya estoy cansado; volveré mañana!”

Hace diez años que repito mi crimen todas las noches, hasta lograrlo en el primer impacto original. Mi pulso tembloroso hace cada vez más largo el castigo.

II

De una cachetada le partí la mejilla. Dulcemente, puso la otra. De una cachetada le partí la otra mejilla. Me miró con profunda y serena bondad, y dirigiéndose a sus guardianes les ordenó que me amputaran los dos brazos.

III

Probé todas las formas del castigo, pero él se levantaba con mayor impulso, con aumentado odio. Un día le dije: “¡Basta; ahora te comprendo y te doy la razón! ¡Vete!” Quedó fulminado por mi argumento y su cuerpo se evaporó como el viento del verano.

IV

El pez grande se come al chico; el chico, le come las entrañas. El pez grande lo suelta y lo vuelve a comer; y así sucesivamente hasta que los dos se mueren de hambre.

V

Le presté enseguida los mil millones que me pidió; sólo le puse como condición que me los devolviera en efectivo y en la otra vida. Aceptó mi propuesta con un extraño brillo en los ojos y una no menos extraña sonrisa en los labios. Pero hoy, cuando le reclamé la deuda, no tenía manera de cumplir su palabra. Por ello, por perjurio, lo arrojamos del paraíso.

EL GATO

a José R. Cipolla

Ciertamente, no comprendía la absurda repetición; esta noche, menos que nunca. Pedro Miguel alquilaba un pequeño departamento en el piso 12 de un edificio de revestimiento liso y sin cornisas divisorias, que hacía más incomprensible lo ocurrido.

El dormitorio daba a la calle y era de los primeros en recibir como una ternura el sol sol limpio de la mañana. La ubicación sólo tenía ventajas; hasta que las cosas cambiaron. Desde entonces padecía esta lacerante tortura, pero ahora inexplicable. Y tal vez para siempre. Al principio, la atribuyó a una t simple alucinación momentánea; ya no sabía que pensar. Cerca de la madrugada, con puntúa insistencia, lo despertaba un agudo maullido que venía de la parte exterior de la habitación, directo de la calle. Intrigado, corría a la ventana para cerciorarse del gato imposible. Nada. Sólo el espacio quieto que lo aislaba del edificio de enfrente; y el silencio. Ese silencio sólido del amanecer de las calles céntricas. Condensado en la calma provisoria de su apretado molde; agazapado y sereno.

A la noche siguiente, lo mismo; como si el galo estuviera en el aire, igual a una paloma felina, a una agresiva esfinge nocturna. Todo era muy raro. Nunca tuvo animales; tampoco los vecinos de al lado ni de los otros pisos querían a los gatos. Además, le aseguraron no haber oído jamás maullido alguno. Sin embargo, la increíble escena se reiteraba fastidiosamente. En el límite de su

resistencia psíquica la comentó con los compañeros de oficina. Lo tomaron a broma, preguntándole si no sería gata quien lo llamaba con tanta insistencia. Únicamente el dactilógrafo nuevo, ese muchacho bajito, ex seminarista, lo escuchó con atención, como si pensara. “El gato no está afuera —le dijo, aparte—; está en la habitación. Quizás dentro suyo. Hay que exorcisar cuanto antes el departamento, ¡con usted incluido! Si me lo permite —agregó luego de una medida pausa— hablaré con un sacerdote amigo para que se ocupe del asunto,...

Esa noche se acostó con ostentosa tranquilidad. Cuando el gato metafísico vino a despertarlo con su habitual fraseo lastimero, lo soportó con la resignación de una incómoda costumbre familiar que pronto acabaría. Hasta sonrió de la trampa que le tenía preparada.

Tres días después entraba el padre Pablo asistido por su compañero de trabajo. Luego de graves y cuidadosos preparativos, el sacerdote ofició el rito de la exorcización. Pedro Miguel se sintió por fin liberado de la rutinaria pesadumbre. Esta noche dormiría. Todas las noches dormiría. Un suave resto de incienso se demoraba en las paredes como una brisa mansa y refrescante, cuando el sueño le borró fraternalmente el cansancio. Dormía. Pero la felicidad es un pretexto de la esperanza, y la esperanza una evasiva medrosa de la angustia. Ahora, a las cuatro de la mañana, desvelado, con las manos sosteniendo su vencida cabeza, como si ellas sostuvieran solas esta noche interminable, miraba hipnotizado las agujas del reloj: enormes y dominantes. La gruesa giraba con solemne cautela; la delgada, con la intrepidez fácil de lo circunstancial. “Prudencia e improvisación”, pensó. “Extraña pareja; están más tiempo descontraídas que juntas. ¡Como los matrimonios modernos! Rió

tontamente de la ocurrencia. Los números ímpresos en la esfera, vigilantes y estáticos, testimoniaban la inútil discrepancia. Uno, dos, tres, cuatro. “Pronto recomenzarán la carrera metódica. ¡Qué otra cosa puede hacer el tiempo sino repetirse!” El vidrio estaba algo sucio. “¡La recomenzarán hasta el infinito!”, completó. Tal vez hasta el infinito de su propia desesperación iniciada esta noche cuando, a la hora de costumbre, lo despertara un nauseabundo olor a gato muerto que venía del otro lado de la ventana.

LABERINTO SUBURBANO

Esta calle se le parece más que las otras; pero tampoco es. Tomaré hasta el paredón de ladrillo y doblaré a la derecha. La noche sigue bajando como una pampa adormecida y aún no encuentro su casa. Cuando vine con ella, el camino se hizo demasiado rápido. Recuerdo la picardía de sus labios al pedirle que continuásemos hoy el tema de la civilización egipcia. ¡Si al menos hubiera indicaciones en las esquinas! Estos pueblos de los alrededores están llenos de vericuetos, oscuridades, tramos cortados, desvíos, baches profundos. ¡Y les llaman Gran Buenos Aires! Ella me espera a las nueve; falta un cuarto de hora. Probaré por aquí. Al dar la vuelta, la luna se asombra de verme andando todavía. Siento mi propia impaciencia. ¡Las nueve y media! Todas las calles siguen iguales y ninguna es la que busco. El camino sólo sirve para medir mi angustia. ¡Parecía tan fácil! Viniendo por la avenida principal, girando a la izquierda del cartel de la gomería, cinco cuadras al fondo y otras dos a la izquierda. ¡Me habré equivocado de letrero! Espero que me comprenda. ¡Son más de la diez! Estará cansada de esperar; yo también estoy cansado. Las ventanas de las casas ya están calladas. El silencio no es más que la sombra del sonido. Debiera regresar; ¿pero cómo, si no sé salir de este laberinto suburbano? Fue un disparate haber venido; quizás ella ni se acordó de la cita. Allá lejos veo un fuerte resplandor de luces. ¡La General Paz, por suerte! Es como volver a la civilización, al rencuentro con lo conocido. Hasta el motor

recupera su optimismo. Detengo el coche al borde de la frontera iluminada. ¡Al fin! Aquí, la fatiga, lo confuso, lo indescifrable; el tal vez, el puede ser. En frente, el orden, la orientación, la certeza; lo de siempre. El tedio. Doy marcha atrás y vuelvo a internarme en el laberinto.

EL ESPEJO

Nunca me gustaron los pesados arabescos de su borde ni la pátina amarillenta del dorso nacarado. Sin embargo, algo secreto fascinaba en él. Mis amigos no advertían nada raro, pero yo presentía —o imaginaba, ambas palabras son iguales en la infancia— el misterio de su mundo refulgente. La primera evidencia la tuve al morir mi querido perro Leo. Me encerré en mi cuarto a llorar y busqué un pañuelo en la amplia cómoda de roble. En el fondo del cajón del centro, a la derecha, olvidado, brillaba tímidamente el espejo. Quise verme llorando. Cosas de muchacho. Pero el cristal reflejó un rostro impassible, sin lágrimas; con mirada severa y carente de emoción. Aturdido, pasé las manos por la cara a fin de comprobar lo que no hacía falta averiguar. Conteniendo apenas la respiración lo puse de nuevo en la cómoda. Pasaron muchos años. Una tarde de invierno lo encontré por casualidad entre los objetos abandonados de mi niñez.

Confieso haber experimentado cierto temblor reminiscente. Nada raro había en él. Su naturaleza fiel a la realidad se manifestaba con plena exactitud. ¡Todo fue una simple alucinación emotiva!, supuse, aunque no pude reprimir un dejo de aprehensiva desconfianza al guardarlo. El miedo es el instinto de la memoria.

Después del accidente automovilístico que marcara mi frente con esta horrible cicatriz, volví a confirmar el extraño comportamiento del espejo. Revolviendo viejas fotografías familiares, di

con él. Lo tomé por irreprimible curiosidad. No sé por qué lo hice; desde el desgraciado choque evitaba los espejos. El impulso inconsciente fue más fuerte. Lo miré, o creí mirarme; ahí estaba yo completamente sano, sin marca ni estigma alguna. Como si nada hubiera ocurrido. Sólo los ojos tenían una rara tristeza, una prolongada soledad. Apresuré a volverlo a su sitio y a taparlo con las carpetas escolares que lo rodeaban. Las cosas siempre nos liberan de las cosas.

Hace unos días, o menos, el tiempo ya no importa, lo encontré por última vez. Sufría una penosa sensación de desaliento, de general indiferencia a mi persona. La semana anterior había esperado toda la noche a un amigo de la adolescencia y a su mujer para festejar mi cumpleaños; ni vinieron ni avisaron. Cuando los encuentro en la parada del colectivo y les inquiero, preocupado, por su ausencia, sin atenderme siquiera trepan al 209 que en ese momento llegaba y me dejan con la palabra en el aire. Ya antes me había desconcertado la actitud del matrimonio Salerno a quienes invitara a una conferencia. Ni fueron ni supe de ellos después. Pero es la tercera la que colma mi creciente pesadumbre. Envío con premura al ingeniero Moledo un informe sobre un tema que le preocupaba, con el agregado de abundante documentación fotográfica. Nunca me llamó para agradecerlo ni para acusar su recibo. ¡Qué pasaba! ¿Por qué ese brusco silencio de todos? Supuse la angustia hondamente reflejada en mi rostro. Recordé el espejo. Como un amigo seguro me esperaba en la vieja cómoda de roble, ahora en el desván de las cosas sin uso. Su dorso nacarado esparcía lujosos matices de oro claro y los arabescos del borde sorprendían por la elegancia ágil del dibujo. Busqué apresurado su palma cristalina. Los menores detalles del cuarto se reflejaban en ella con limpia nitidez. Las ver-

dosas grietas del empapelado dibujaban la quieta resignación de la pared. En un rincón, la máquina de coser de la abuela languidecía su obligada ineptitud. Al costado, los retratos de mis padres pendían torcidos, con esa negligencia de lo colocado de prisa. En el suelo, el desorden de pilas de paquetes arrumbados estaba apenas retenido por la desprolija fuerza del sisal. Todo ese mundo quieto invadía promiscuo y prepotente la rica superficie del espejo. Al reclinarlo para buscar mejor mi rostro solamente vi el ojo cansado de la sucia lamparita de luz, bamboleando del aplique de bronce que fuera orgullo del saloncito de recibo. Entonces lo comprendí todo.

EL TERCER INFIERNO

En los días lindos prefiero el tren; en los lluviosos o fríos, el 130 me deja mejor y, además, lo tomo en la esquina de casa. Desde Vicente López el trayecto resulta agradable por su inmediato desvío a los bosques de Palermo. La hora también favorece; son pocos los que al mediodía van al centro y es siempre probable viajar sentado. Durante el trayecto uno se entretiene contemplando la tristeza indiferente de las calles. La tristeza es la ternura del invierno. O la lluvia dibujando su nerviosa improvisación en el cristal de la ventanilla. No podía quejarme; bastante cómodo y tranquilo pasaba los obligados minutos del viaje de cada día, hasta la tarde de un fuerte temporal en que reparé en aquellas mujeres. Subieron en la parada siguiente y se ubicaron adelante, en diagonal a mi asiento. Llamaban la atención por los impermeables negros, extrañamente antiguos. Sin darle mayor importancia, seguí mirando las indefensas casas golpeadas por el aguacero que por momentos arreciaba su histeria avasalladora. Una brusca maniobra del conductor hizo que atendiera la marcha del coche. Ellas me contemplaban con descaro. Quizás me conocen, pensé; soy tan distraído para los rostros. Por si acaso volví al pretexto de la ventanilla. Al bajar, las miré furtivamente. Ni repararon en mí. La lluvia disipó pronto sus caras inexpresivas.

El segundo encuentro ocurrió en un destemplado día de junio. Subieron en el Puente Saavedra. Eran altas, delgadas, de mirada

penetrante; quizás hermanas, supuse, por el parecido. Vestían de luto. Esta vez se sentaron en la misma fila mía, pero del otro lado del pasillo. Nos observamos como reconociéndonos. Casi las saludo. Conversaron en voz baja, con esa ostentación del secreteo de las mujeres. Creí escuchar mi nombre; agudicé el oído para atender mejor, aunque con el remordimiento de estar cometiendo una traviesa indiscreción. No sólo me nombraron de nuevo sino que se referían a mi pasado, con sorprendente familiaridad. Amigos del barrio, borrados con la indecisión de la distancia; compañeros de trabajo cuyos rostros ya eran uno solo en la apretada suma de los años; nombres de mujeres que fueron toda mi juventud, desfilaron despaciosamente con la nitidez individual del espejo. Poco me alegraba el imprevisto balance; nadie mejor que yo sabía de los arrepentimientos que me costara la agresividad de mi carácter. Ahora también lo sabían otros. ¡Negarle a Néstor la firma para el crédito que tanto necesitaba, por una discusión sin ninguna importancia! Por suerte, el colectivo se detenía en la parada de Calao. Bajé de prisa.

La tercera ocasión, por llamarla así, se produjo varias semanas después. Era un día apropiado para caminar hasta la estación. Un impulso inconsciente me indujo a tomar el colectivo. Ellas ya estaban en él. ¿De dónde vendrían? Me senté en el único lugar vado, justo delante del suyo. Lo hice lentamente para observarlas con tranquilidad. Sorprendía el parecido de ambas y la coincidencia de sus gestos. Semejantes a dos figuras simétricas, se movían con rítmica convergen c a como si estuvieran separadas por un espejo invisible. “¡Hoy podré escucharlas mejor y hasta ayudarlas con alguna información!”, me dije, sonriendo por la ocurrencia. Mis inquisidoras proseguían una conversación que traían de antes. Ello

me tranquilizó; ya empezaba a temerlas. ¿Quién las había enterado de tantas cosas mías?

Muy breve fue el alivio; apenas si tardaron en nombrarme. Me di vuelta y las miré con fastidio. ¿Qué derecho tenían de entrometerse en mi vida? Continuaron como si nada. Entonces advertí algo más extraño que el sorprendente parecido físico. No conversaban; recitaban en voz baja y al unísono las mismas palabras y repetían las mismas pausas, cual vestales de un coro testimonial; o coéforas de una antigua religión implacable. La de la memoria. El tema tratado hoy con particular devoción era mi infancia. Me recordaban ahogándome en el remolino de un arroyo provinciano y salvado de milagro por unos bañistas circunstanciales, o reponiéndome de una de los tantos ataques de tos convulsa que dejaron sus huellas ácidas en mis bronquios; o explicando a mi maestro de tercer grado cómo, sin querer, le abrí la frente a un compañero de banco, ¿Marcelo?, sí, Marcelo. Nunca hubiera creído recuperar su nombre.

La letanía proseguía con impasible fervor. Ahora, tomaba la mano cariñosa de mi noviecita de los doce años, Gabriela; espléndida en la inocencia de sus ojos enamorados. Todo renacía pálido de estas estampas pálidas, igual a esas descoloridas fotografías de los álbumes familiares. El conductor aceleró al llegar al Museo de Bellas Artes; el semáforo abría la marcha rápida de los autos. Me levanté bruscamente para liberarme de las llamas de ese infierno susurrante. Ellas ni alzaron la vista.

La tarde definitiva no tenía pensado ir a trabajar. Salí a buscar una herramienta en la ferretería de Maipú y lo decidí al ver acer-

carse el 130. Luego de pagar el boleto observé que los asientos estaban ocupados y me resigné a viajar de pie. Ellas venían sentadas atrás de todo y, según su costumbre, hablaban en voz baja. ¿Seguirían con lo mío? A las diez cuerdas se desocupó un lugar a su lado, el de la ventanilla. Me hice el distraído. Todavía me duraba la secuela de una fuerte gripe y el sol agravaría mi renuente irritación nasal. Como si lo supiera la mayor, ¿o la menor?, los años tampoco las diferenciaban, se corrió hacia afuera, dejando un hueco junto a su hermana. No tuve más remedio que sentarme. Siguieron conversando; mejor, recitando o rezando, a través de mí, con profesional naturalidad. Repetían un amargo rosario (la palabra es adecuada) de mi olvidable biografía. Si bien nadie puede escapar al infortunio, creo que pocos se particularizan por la facilidad para atraerlo con tanta frecuencia. De nada servía, pues, volver a reiterarlo. Pero estas erinnias maniáticas me tenían literalmente enlazado en el círculo satánico de su poder reminiscente. Revivieron con desesperante lentitud lo ocurrido a mi hijo menor, por una imprudencia mía en la instalación de los cables de luz; desgracia que le costara fuertes quemaduras en el brazo derecho. Después, una supuesta resolución moral (¿qué es la moral?) perjudicial a modestos empleados de la empresa textil de la que fuera gerente. Tampoco dejaron de marcar mi intencionada frialdad en el trato de los amigos, sólo para jactarme de un temperamento dominante.

Quise intervenir a fin de atenuar o justificar algunos hechos. No les interesaba ninguna defensa. Tampoco acusaban. Se bastaban con rescatar mi vida como si fuera un castigo irreversible. Agobiado por los cargos, no caí en la cuenta que el viaje tocaba su fin. Luego de Pueyrredón, ellas se levantaron y esperaron cerca de la

puerta a que yo lo hiciera. Al llegar a Callao me tomaron del brazo como a una posesión y bajaron conmigo.

Desde entonces, me acósan a diario con mi propio pasado, sin ninguna piedad, estas malditas sacerdotisas del recurrente infierno de la memoria; el peor de todos, el tercero. . .

—¿Por qué el tercero. . .? —interrumpí, mientras el mozo nos servía otro café. Me interesaba la precisión. Todos saben que soy un coleccionista de infiernos; investigador acreditado en el paciente estudio de la demonología. Recibió con evidente fastidio mi inoportuna curiosidad. Quizás por subestimar mi dominio del tema o por encontrarme más atento a la erudición académica que a la sensibilidad de su drama.

—Aceptamos al célebre *Inferno* dantesco como la representación certera y horrible del sufrimiento eterno —continuó, molesto, por demorarse en aclaraciones innecesaria—. “*Lasciate ogni speranza...*”, previene melancólicamente el póster de entrada a los abismos circulares. Quienes transponen los límites del aviso son arrojados para siempre a las brasas interminables, sin compasión alguna. Como usted verá —su tono era descomedidamente profesoral—, el castigo resulta infinito y desproporcionado para una falta cometida en el breve segmento de esta pobre vida terrena. Hasta diría, injusta. Sorprende la obstinación de tanto fuego para purgar el relámpago frágil de una culpa temporal. Como aplastar la chispa de un fósforo con la prepotencia de la bomba atómica. Quiere evitar polémicas teológicas; me basta con mi problema. Este infierno

fanático es el tradicional. Lo heredamos de nuestros padres y nos amedrenta desde niños, y sigue siendo todavía la imagen familiar de nuestros temores. Es el primero —precisó, echando un vistazo a la puerta del bar—, pero no es tan terrible comparado con otros. Solamente es un infierno de piel; sentido más como una temperatura del cuerpo que como una dolencia del espíritu.

—Creo que usted simplifica demasiado una obra de la literatura universal —argumenté en defensa de mi poema favorito, al que dedicara numerosos ensayos de interpretación.

—Hay otro infierno peor—prosiguió, luego de beber de un sorbo el vaso de agua y sin atender siquiera mi objeción—; al cabo, dejar definitivamente toda esperanza no es tan grave. Por lo pronto, ya nada hay que esperar. La esperanza es la verdadera tortura y de Sísifo, recomenzada siempre con igual ansiedad y nunca concluida, por no decidirnos a abandonar lo esperado. Los amantes desafortunados y sin fuerzas para renunciar al cariño perdido, saben bien de este horrible suplicio. Infierno de la indecisión. Pesadilla de la voluntad. Recorrer el mismo camino de ida y de vuelta, sin jamás terminar de recorrerlo. Alucinante castigo que fuera imaginado en toda su desgarrada crudeza por un artista italiano en unas lúgubres litografías llamadas *Prisiones...*

—Una de las famosas *Carceri* de Piranesi —apresuré a lucir mi erudición, aunque molesto porque no se la valoraba del todo.

—Ello ayudará a explicarle mejor —concedió—. Mi padre tenía uno de esos grabados en el dormitorio. Recuerdo, las penumbrosas escaleras de esas cárceles oníricas, trabajadas con escasos golpes de luces para orientar y desorientar a los agobiados reclusos que buscaban la liberadora salida; la salida que se desdecía siempre en tenebrosos laberintos sin conducir jamás a ningún camino cierto. Por momento, los escalones se alargaban, bifurcaban, frustraban, bajaban y volvían a levantarse como llamas opacas de un siniestro fuego negro, en el que no se tenía ni la paz de haber perdido toda esperanza. Agobiante infierno de la vacilación y de la duda —completó, apurando el relato, mientras daba otra ojeada a la puerta del negocio—, Pero tampoco éste es peor, comparado con el que estoy viviendo.

—¡Su argumento es simplista! —repliqué; impaciente por su falta de respeto hacia un tema tan clásico y sereno como el de los infiernos.

—Olvidaba que usted es un hombre de libros; de libros ordenados y clasificados —contestó con cierta insolencia—, Pero yo estoy en el tiempo vivido y reiterado constantemente por estas brujas que ahora me hostigan con la recurrencia de momentos de mi pasado. Solamente ellas podían saber mejor que nadie cuánto había querido a Bettina, a la que perdiera por no quererla perder. Después supe que ésta era una de las paradojas frecuentes del amor.

En los lentos atardeceres provincianos, ella venía a mi encuentro agitando su espléndida cabellera rubia que premonizaba en el viento las infinitos formas de mis caricias. ¡Han pasado muchos

años! Creí que aliviaría con mi olvido su ausencia definitiva. Ahora sé que jamás podré lograrlo. El asedio rumoroso de estas coéforas malditas me condena a sufrir esa perdida ternura como el tormento mayor del infierno frío de la memoria.

Las puertas del bar se abrieron y pude conocer de cerca a las adustas vestales del Tercer Infierno. Sobrias y femeninas; de oficiosa mansedumbre, o indiferencia; nunca sabré cuándo corresponde una palabra y cuándo la otra. Únicamente los ojos traslucían una actitud compulsiva. Esperaban de pie, con la tranquila prisa de los que están seguros. Mi amigo aplastó en la mesa el resto del cigarrillo y salió sumisamente con ellas, sin despedirse siquiera. Me causó gracia el acostumbrado sometimiento. La costumbre también es una memoria, me dije. Desde la vereda observé como se alejaban. Bajaban tomadas del brazo hacia la avenida Libertador, formando gradualmente un solo punto de referencia en el extremo de la calle, semejante a las luces de los autos que se unen en la distancia. Quise gritarles mi saludo, pero lo supuse en vano. El adiós y el encuentro tienen su común emoción en el silencio.

BIBLIOTECA DIGITAL
FUNDACIÓN  SIN FINES DE LUCRO
VICTORIA OCAMPO

<http://www.victoriaocampo.com/biblioteca.aspx>